

El niño Iván y yo.

Verónica Pérez Konina

Image not found.

Capítulo 1

El niño Iván y yo.

Moscú y la llegada a Cuba.

Cuando mi madre tenía unos 16 años y era militante del Komsomol (Unión de Jóvenes Comunistas) en una pequeña ciudad llamada Voskresensk, situada a unos 80 kilómetros de Moscú, como alumna ejemplar fue enviada a la capital para estudiar en una escuela de activistas (futuros dirigentes juveniles). Mi madre tenía un expediente perfecto, en su familia todos eran de origen humilde y su padre, además, era oficial de la policía. Los cursos duraban cerca de un mes, y consistían en reuniones y paseos por Moscú.

En cierta ocasión, durante sus estudios en esa a mi madre le pidieron que acompañara a un estudiante extranjero durante una excursión por el Kremlin.

Se trataba precisamente de un estudiante cubano, que llevaba el significativo nombre de Justo. Mi madre se prestó para servirle de guía, visitaron juntos el museo de armas y el museo de joyas de la antigua residencia de los zares, y a ella le pareció en todo momento que aquel muchacho era muy extraño y hablaba en ruso muy, muy mal. Le pasó por la que nunca podría enamorarse de un cubano y mucho menos casarse con él.

Por cierto, a ese joven que estudiaba una carrera de ingeniería en el instituto Baumanski, más tarde le dio por dedicarse a la literatura, y ella volvió a encontrárselo ya en la Habana en calidad de uno de los jefes de la Unión de Escritores de Cuba.

Unos dos años después de esa excursión, mi madre ingresó en la Universidad Estatal de Moscú, en la facultad de periodismo. Un buen día una amiga le pidió que la acompañara a una cafetería, pues un extranjero la esperaba allí y no quería ir sola. Mi madre decidió aceptar. El estudiante cubano había invitado a su vez a un amigo, mi futuro padre, el cual, por una razón desconocida, se presentó como Lalbashal Lalbajadur.

Mi madre pensó que seguramente provenía de un país árabe. Además, mi futuro padre le dijo que tenía 27 años, y ella pensó: «Tan viejo, tan raro y con ese nombre tan horrible». No sospechó durante aquel encuentro que se trataba de un cubano también. Mi padre era un gran bromista, y le pareció muy divertido hacerse pasar por un musulmán. No sé por qué se agregó más años, tal vez pensó que eso lo haría parecer más atractivo, le

daría cierto peso. Ella tenía 20 años, parecía una actriz italiana y no sospechaba que, en realidad, mi padre era un año menor que ella.

Reinaldo, que se convertiría más tarde en mi padre, acababa de terminar un año de estudios preparatorios de ruso en Bielorrusia y estudiaba psicología en la Universidad Estatal Lomonosov. En realidad él hubiera preferido estudiar filosofía, pero en el año 1962 Cuba se consideraba aún un país capitalista, y los estudiantes de esos países no podían solicitar esa carrera.

La historia de sus amores la desconozco, solo sé que Reinaldo escuchó muchos poemas de Alexander Blok, el poeta preferido de mi madre, paseando debajo de la hojarasca en los montes de Vorobiov, e hizo todo lo que estaba a su alcance para aparentar que aquellas lecturas lo emocionaban profundamente.

Años más tarde me confesaría que solo entendía algunas palabras sueltas, pero el significado de los versos lograba siempre escapar, nebuloso, de su comprensión, al igual que huía bajo los tímidos rayos de sol por las mañanas la neblina que cubría las hojas que se desprendieron de los árboles durante la noche.

La única posibilidad de ponerle fin a las interminables lecturas era contraer matrimonio, así que muy pronto se casaron.

Mi madre me contaría después que una mañana de invierno, cuando ella se levantó de la cama y trató de ponerse las zapatillas, no pudo hacerlo, pues ambas tenían algo dentro.

Eran pequeños chocolates y bombones, regalos simbólicos de Navidad, algo que ella jamás había recibido.

Mi madre había nacido durante la II Guerra Mundial, y de niña no tuvo ningún juguete, aunque a partir de los años 30 en la Unión Soviética se podía celebrar el Año Nuevo con un arbolito y con champán. Sus padres no tenían dinero para comprarle un juguete a cada uno de sus 6 hijos.

Ya cuando empezó a ir a la escuela, como era la mejor estudiante de su grado, la llevaron a Moscú a la fiesta de Año Nuevo en el Palacio de los Congresos del Kremlin, y allí recibió un estuche con bombones y su primer juguete, un cerdito de peluche. Ese estuche viajaría con ella más tarde a Cuba.

Unos nueve meses después nacería yo, y sería registrada con el nombre de Verónica, como el más parecido al de mi madre, Viera. Me imagino que fui un regalo del Abuelo de las Nieves, el Ded Moroz ruso.

Un año después la primera hojarasca nos trasladó a Cuba, donde comenzamos a vivir con la familia de mi padre, en Palmarito de Cauto, un pueblo situado a unos 50 kilómetros de Santiago.

Palmarito era un lugar apacible rodeado de colinas, la vida en el pueblo era tan tranquila y previsible como si se hubiera quedado al margen de la historia, como si se hubiera detenido en el mismo momento cuando terminó la II Guerra de Independencia.

Por las mañanas el aire se llenaba del aroma de pan recién horneado, al que luego se sumaba el olor del café acabado de colar. Mi abuela colaba el café con un colador de tela que se asemejaba mucho a un viejo calcetín.

Todos los niños tomábamos café con leche junto con los adultos, aunque a mi madre no le gustaba que los niños tomaran café, pero delante de los parientes de mi padre no me decía nada.

Para ella la vida en Palmarito fue un gran choque cultural. La asustaba todo, desde las lagartijas que paseaban libremente por el techo de la casa que había construido mi abuelo Reinaldo, el cerdo que pedía su ración de comida desde su corral del patio trasero, las gallinas que entraban y salían de la cocina, cacareando, hasta las impertinentes ranas que se metían constantemente en la ducha por la persiana abierta.

El colmo era la costumbre de ponerle a la mayoría de los hombres el mismo nombre, que terminaba confundiéndola del todo.

En la familia de mi padre el nombre de Reinaldo era el más difundido, el nombre familiar, en todas las variantes posibles. Primero estaba el abuelo Rey, mi bisabuelo, padre de mi abuela Carmen, dueño de una bodega.

Después iba mi abuelo, al que llamaban Reinaldo a secas, el que construyó la casa, y luego venía mi padre, que en calidad de hijo mayor portaba el mismo nombre, pero transformado en Reycito, algo así como pequeño Rey, diminutivo que mi padre odiaba profundamente, pero que sus parientes insistían en utilizar.

Más tarde nació mi primo Reinaldito, pero ya fue el último verdadero Reinaldo de la familia, pues luego se pusieron de moda los nombres extranjeros o simplemente inventados, y su hijo mayor ya se recibió el nombre de Reinold, con una evidente influencia anglosajona.

En aquel pueblo, lógicamente, no había ningún trabajo para un psicólogo recién graduado, pues los problemas psicológicos de sus habitantes se resolvían acudiendo a un babalao (un brujo africano) y haciéndose un ritual mágico denominado "limpieza" que incluía el rociar con ron al enfermo y ocultarlo tras el humo de un enorme "habano", o no se

resolvían de ninguna manera.

La vida apacible del pueblo, con su sol del mediodía, sus siestas y sus paseos por el parque, cuando caía la tarde, me imagino que también creaba un antídoto a prueba de casi cualquier trauma psicológico. La única que tenía problemas con la cabeza, en opinión de mis familiares, era mi abuela Carmen, pues de tanto leer se le habían "fundido los cables". Más tarde, durante mis visitas veraniegas al pueblo, mis parientes insistirían mucho en el daño que la lectura desafortunada podría causar también a mis propias capacidades mentales.

En todo el pueblo mi abuela era una de las pocas personas que contaba con estantes llenos de libros, y de libros que ella se había leído.

Mi vida a partir de nuestro traslado a La Habana, en contraste con la vida en Palmarito, fue bastante complicada, pues si bien en el pueblo mi madre no intentaba obligarme a hablar en ruso, en cuanto llegamos a la capital, tuve que convivir entre dos idiomas, uno que escuchaba en la calle, y otro, el que se hablaba en mi casa.

En Palmarito yo había tenido tiempo suficiente para aprender español y olvidar el ruso, que tuve que aprender de nuevo.

Desde el momento mismo del primer encuentro mis padres se comunicaban solo en ese idioma, y siguieron manteniendo esa costumbre al llegar a la capital, entre otras cosas, para que mi padre no lo olvidara, y porque Viera no sabía nada de español.

Tal vez fuera por esa razón, por oír en mi propio hogar solo palabras en ruso, que yo sentía una necesidad imperiosa de demostrarle a todo el mundo que era totalmente cubana.

Al principio, durante los primeros años de nuestra vida en La Habana, mi madre no trabajaba, y la recuerdo lavando a mano en un lavadero. En esa época todavía no existían las lavadoras, al menos, no habían llegado a Cuba todavía.

Me veo a mí misma metida en un cubo de agua donde cabía completa. Hace mucho calor, pero no lo siento, y veo el resplandor ardiente del sol sobre la superficie del agua. Si cabía en el cubo, debía de ser muy pequeña.

En esa época vivíamos en un sitio llamado Mayanima, situado bastante cerca del mar, en casa de un colega de mi padre.

Viera, cuando nos trasladábamos a ese barrio en un automóvil viejo de un amigo de mi padre, viendo que nos alejábamos cada vez más del centro de la ciudad, preguntó con cierto miedo: "¿Y esto, también es La

Habana?”

Las aceras del pueblecito estaban cubiertas de arena, y enfrente de las casas, por la mañana temprano, aceleraban el paso pequeños cangrejos color carmesí, que corrían a esconderse en sus cuevas cuando yo intentaba agarrarlos.

Por la tarde, cuando bajaba el sol, mi madre y yo salíamos a pasear. La gente nos miraba con mucha curiosidad y hacía comentarios en voz alta, ya que podía decir lo que quisiera, pues mi madre no los entendía. Pero yo sí que comprendía todo, gracias al año que pasé en Palmarito hablaba español perfectamente.

Los niños que vivían allí me gritaban casi siempre “la rusita”, “allí va la rusita”, aunque físicamente de rusa yo no tuviera nada. Siempre fui bastante morena y de ojos marrones. A mí me molestaba mucho que me llamaran así, por eso se me ocurrió la siguiente respuesta: “Yo no soy ninguna rusita. ¡Me llamo Verónica Pérez cubana!”

En realidad mi segundo apellido, “Kónina”, pronunciado con un acento en la segunda sílaba, como lo solían pronunciar en Cuba, a la edad de cuatro años me sonaba casi igual a “cubana”. Era curioso que precisamente se tratara de mi apellido ruso, el apellido de mi madre.

En Mayanima mi madre se hizo muy amiga de Amparo, una señora española bastante mayor, viuda del antiguo dueño del restaurante Floridita, Constante. Para mi madre, que había leído todas las novelas de Hemingüey, uno de los escritores que estaban de moda en Rusia en los años sesenta, eso era como un milagro, iconocer a la viuda de uno de los personajes que aparecen en una novela que había leído en Rusia!

Amparo tenía una dama de compañía, que ante todo era su mejor amiga, Mercedes, y las dos se hicieron cargo de enseñarle español y de ayudarla. Mercedes podía venir un día con unos tamales en cazuela que le habían quedado muy buenos, o invitarla a un café con unos buñuelos. Siempre estaban al tanto de sus problemas y trataban de resolverlos.

Mi madre les cayó tan bien a las dos que Amparo llegó incluso a decir: «Si todos los comunistas son como Viera, ¡yo también quisiera ser comunista!»

Aunque, en realidad, las amigas de Amparo y Mercedes, de la antigua burguesía cubana, eran bastante críticas con los comunistas en general y los soviéticos en particular, una de ellas incluso llegó a acusarlos, delante de mi progenitora, de la desaparición del famoso «bacalao con ñame», el pescado salado acompañado del fruto tropical que sustituía en algunos

platos la papa, una verdadera fusión de la cocina criolla con la peninsular.

Esa mujer afirmaba que todo el «bacalao con ñame» se estaba exportando ahora a Rusia. De más está decir que ambos alimentos eran completamente desconocidos para mi madre, y, desde luego, a nadie se le hubiera ocurrido enviarlos a Rusia.

La amistad de mi madre se hizo más fuerte cuando comenzó la temporada de lluvia, y Viera comenzó a echar de menos su país y a su familia.

Amparo y Mercedes decidieron irse dentro de unos meses a Estados Unidos, al igual que casi todas sus amigas, y le dejaron a mi madre de recuerdo una enorme vajilla de porcelana inglesa y un precioso juego de cubiertos de plata. Esa vajilla se rompió casi toda durante las múltiples mudanzas que tuvimos, pero para Viera, que siempre fue muy supersticiosa, los platos rotos siempre fueron una señal de que la buena suerte nos acompañaría. ¡Ojalá se hubiera cumplido ese buen augurio! De ser así, debíamos haber tenido garantizada la buena suerte al menos por un par de decenios.

Al poco tiempo nos mudamos a casa de un antiguo paciente de mi padre, un hombre bastante fuera de lo común. Su nombre era Esteban, era uno de los muchachos campesinos que se unieron en la Sierra Maestra a los combatientes durante la revolución.

Esteban vivía en un barrio residencial de la alta burguesía, Atabey, y su casa tenía tres plantas, con escaleras de mármol negro, muebles de caoba, enormes salas, chimeneas y muchos dormitorios. Esa casa se la habían dado por sus méritos revolucionarios, pero lo más curioso es que, a pesar de todo ese lujo, la cerradura de la puerta de entrada estaba estropeada, y la puerta de cristal de una de las terrazas de atrás estaba vacía, o sea que, tanto por la entrada delantera como por detrás, la casa estaba abierta de par en par.

Para que mi madre pudiera dormir tranquila y no tuviera miedo de estar sola, el dueño le había dejado una escopeta. Creo que las tardes de Viera con una niña pequeña, conmigo, abrazada a una escopeta, no debieron ser muy divertidas, pero mi madre nunca se quejó.

En lo demás, ella podía hacer lo que quisiera en la casa. Mi padre trabajaba muy lejos y solía llegar ya cuando oscurecía. Quedaba el problema del abastecimiento, pues a Viera le daba vergüenza preguntarle a un héroe de la revolución por temas tan terrenales como nuestra inscripción en la «libreta», la cartilla de racionamiento con la que se podía comprar algo de comer. Muchas veces sólo teníamos de almuerzo y de cena arroz blanco, eso sí, servido sobre un mantel impecable, en platos de porcelana inglesa y con cubiertos de plata. Mi padre no volvía a casa a almorzar, comía casi siempre en el comedor de su trabajo, y a

veces cenaba también allí.

Una tarde, después de una cena muy frugal, compuesta solo de arroz blanco, se apareció nuestro anfitrión, que casi siempre estaba de viaje y a veces podía permanecer fuera meses enteros.

-¿Qué pasa, Viera? ¿Por qué estás tan triste? – preguntó.

Esta vez mi madre decidió decirle por fin cual era el motivo de su pena, y le contó que la última libra de frijoles se había agotado el día anterior, y que además, de tanto comer arroz blanco, se sentía como si estuviera en China.

-Pues no hay ningún problema. Eso se resuelve ahora mismo.

Delante de la casa casi siempre había unos pollos y gallinas que paseaban tranquilamente, y nadie sabía a ciencia cierta a quien pertenecían.

Esteban sacó una pistola, pues siempre iba armado, y comenzó a disparar. Se escucharon tres tiros, y tres pollos cayeron al suelo, mientras los demás salían corriendo a toda velocidad.

Sin decir nada, nuestro anfitrión los recogió, los llevó a la cocina, puso a calentar un cubo de agua, los desplumó y preparó un fricasé, el más delicioso que yo había probado en mi vida.

Bem longe ouvi aquele nome

Inesquecível dos filhos da Angola...

Volódia , Volódia, Volódia tão bom em defesa do povo angolano!

Volódia Volódia , Volódia tão bom na mau imperialista

Que pretende impôr-nos neocolonialismo.

Povo angolano todo bem vigilante

Que no neocolonialismo a repressão é pior!

A miséria é um martírio,

A pobreza também

E o neocolonialismo não tem cor.

Volódia , Volódia, Volódia tão bom em defesa do povo angolano!

Volódia , o filho bem amado do povo angolano

Volódia deu a sua vida por uma causa justa

Volódia morreu, mas o seu nome ficou cá com o povo!

(Canción en honor al comandante del MPLA, que interpretaba la cantante cubana Beatriz Márquez)

Mi padre desaparece.

Después nos mudamos a Cubanacán, otro barrio residencial de la capital cubana. Antes de 1959 allí solo vivía gente muy rica, al igual que en Atabey, pero después el reparto albergó por algún tiempo primero a los estudiantes de otras provincias, y después a profesores y científicos del instituto médico Victoria de Girón.

Cubanacán se formaba parte de algo que llamaban "zona congelada", y que de niña me hacía pensar en el frío invernal que había sentido en Moscú, con heladas, nieve y ventiscas. Aunque mi mente enseguida descartaba esa idea, como completamente imposible en medio del calor sofocante que generalmente reinaba alrededor, durante años me quedó la duda de que en algún momento precisamente en mi barrio podría comenzar a nevar.

En realidad le decían "zona congelada" porque la gente que vivía en Cubanacán y otros barrios similares no podía mudarse a otro reparto, ni vender o dejar en herencia su casa.

Además de proyectos educativos e investigativos, en mi barrio, justo enfrente de mi casa, vivían las famosas vacas europeas que escondían la cabeza dentro de un pequeño espacio con aire acondicionado, un proyecto especial para abastecer en el futuro de leche a cada cubano.

Por lo visto, con la cabeza metida en un cubículo con aire acondicionado las vacas podían imaginarse pastando en los Alpes, aún a pesar de que el resto de sus cuerpos quedara expuesto al implacable sol tropical.

Se esperaba que aquellas pobres criaturas se acostumbraran poco a poco al calor de la isla y a comer bagazo de caña en lugar de pienso. Años más tarde, cuando la leche natural desapareció casi por completo, las vacas también se esfumarían como por arte de magia.

Pero en mi infancia, además de las silenciosas vacas, que nunca mugían, había allí también un criadero experimental de gallinas, muy ruidosas, una fábrica secreta de bombones y biscochos que solo podían comprarse en el Parque Lenin, y hasta una planta de yogur para abastecer de esa sana bebida a los futuros médicos e investigadores.

Era un barrio muy especial, y cerca, en la misma calle, se encontraba la residencia del embajador de Venezuela. Además se rumoreaba que más allá de la fábrica de bombones se encontraba uno de los enigmáticos

edificios que solía visitar Fidel.

Nuestra casa era muy grande, color rosa, y tenía un enorme jardín al fondo. La compartíamos con otra familia de profesores de Girón, Teresita y Félix.

En general, todo el barrio, y especialmente nuestra manzana, era un enorme jardín abandonado con árboles de mango, marañón, níspero, anón, flores silvestres y buganvilla, árboles con lianas a los que podía trepar para jugar.

Delante de la casa crecía un enorme flamboyán, sus ramas cubrían toda la parte derecha del tejado y, cada vez que florecía, sus flores rojas eran como verdaderas llamas de fuego. Me resultaba muy intrigante el hecho de que en cada flor hubiera, además de los pétalos rojos, un pétalo multicolor, de fondo blanco, con franjas de todos los colores del arco iris.

Para mí era un pétalo mágico, un pétalo que se podía lanzar al viento y pedir un deseo, como en un cuento ruso que había leído una vez, titulado "La flor de los siete pétalos", que luego fue plasmado en un dibujo animado. Aunque el flamboyán tuviera sólo un pétalo mágico en cada flor, en esa época había suficientes flores en mi árbol para que se cumplieran todos mis deseos.

"Vuela, vuela hojita mía, de este a oeste con el viento, y regresa en un momento, usando el norte por guía. Y no olvides que al caer, lo que te pida haz de hacer", decía la niña en aquel dibujo animado, doblado al español.

Un "buen" día de otoño de 1978 mi padre desapareció sin decirme nada, y nadie quiso explicarme dónde se encontraba. En mi cabeza no cabía que se hubiera ido sin haberse despedido de mí, sin darme ninguna explicación, y lo único que podía pedirle al pétalo mágico era que volviera...

Mi padre era quien paseaba conmigo los fines de semana en las calles cercanas a nuestra casa y me permitía que guardara en los bolsillos de su pantalón cuanta piedrecita bonita yo encontrara, cuanta hoja o rama recogiera.

Por las noches era él quien me leía mis cuentos preferidos de Pushkin en ruso antes de dormir, especialmente el cuento de la princesa que se convertía en cisne, era él quien me cantaba canciones de Bola de Nieve... Y ahora se había ido sin decir ni tan siquiera "adiós".

De pronto descubrí que ya nadie me compraría más helados en el instituto Victoria de Girón, donde trabajaba, situado solo a unas tres cuadras de nuestra casa, ni me llevaría a pasear a un parque con columpios y

tobogán.

Esos helados se llamaban Frossen, y mi padre siempre decía estaban hechos de "antimateria", pues sus componentes eran totalmente desconocidos para la ciencia.

Fue él quien promulgó en casa el lema de que estaba permitido todo, salvo aquello que estaba prohibido. Así que antes nadie podía regañarme por indisciplinas pequeñas, por ejemplo, por andar descalza o por no peinarme, pues de antemano nunca se dijo que eso estuviera prohibido.

Y cuando él estaba en casa mi madre no podía obligarme a comer esos platillos tan sanos, tan rusos, de verduras y hortalizas, que ella solía cocinar.

Ahora estaba indefensa, tendría que comerme todo lo que mi madre considerara necesario para mi crecimiento, debería cumplir todas sus interminables exigencias disciplinarias...

Antes era mi padre además quien se despertaba junto conmigo a las 6h de la mañana, me preparaba un desayuno (normalmente consistía de café con leche y pan con mantequilla) y cruzaba junto conmigo la calle.

Es que a las 7h venía a recogerme un autobús de la escuela soviética, era un gran privilegio en un país donde el transporte urbano siempre estuvo muy escaso, casi inexistente, y más en el lejano barrio de Cubanacán. Por lo visto, se suponía que los habitantes de un barrio tan privilegiado debían tener un vehículo personal, y me consta que antes de 1959 era así, pero en mi infancia solo nuestro vecino Félix disponía de un Skoda de los años 50 que seguía funcionando a fuerza de llevarlo a un taller casi todas las semanas.

El transporte público en La Habana siempre funcionó muy mal. Por mi calle solo pasaba la ruta 91, que aparecía muy de vez en cuando, con periodicidad de un autobús cada dos horas, más o menos. También había otra ruta, la 86, pero esa transitaba un poco más lejos, junto a la Escuela Victoria de Girón, donde trabajaba mi padre.

El autobús que me venía a buscar para llevarme al colegio era un antiguo vehículo estadounidense que antes de la revolución llevaba a los niños de las escuelas privadas a sus hogares, y ahora solo transportaba a menores extranjeros.

El único problema era que había que estar a tiempo en la acera de enfrente de mi casa, pues el autobús (o guagua, como le decimos en Cuba) no me esperaba ni un minuto, ya que yo era la única niña que

recogían en mi barrio.

Así que, tras la partida de mi padre, tuve que empezar a hacerme el desayuno yo misma, y también me vi obligada a aprender a cruzar sola la avenida 25, que ya en esa época contaba con suficiente tráfico.

Mi madre, que solía tener cursos nocturnos en la Universidad, a esa hora dormía profundamente.

Si perdía el autobús, la tenía que despertar, rogarle que me acompañara a la escuela en el transporte urbano, y de todas formas llegábamos muy tarde, a la segunda o a la tercera clase.

Ahora paseaba sola por mi barrio, por los lugares que tanto nos gustaba visitar a mi padre y a mí, y me sentía muy triste.

Con su desaparición también empecé a leer sola antes de dormir, pues se suponía que ya era grande y sabía leer, no solo en ruso, sino también en español.

Cuando cumplí cinco años, estuve asistiendo a una escuela cubana, la escuela de mi barrio, que estaba a unos 200 metros de mi casa. Era un lugar muy curioso, pues allí estudiaban tanto los hijos de profesores del instituto médico, que habitaban en el prestigioso barrio de Cubanacán, como los oriundos de otro barrio aledaño, oficialmente denominado Zamora (en honor al apellido del monje que lo fundó), pero que el populacho tildaba de Palo Caga'ó.

Ese tugurio era bañado por las aguas del río Quibú, negras y apestosas, y los niños que habitaban las desteñidas casitas de Zamora (ino confundir con la ciudad del mismo nombre en España!) pertenecían a una estirpe que me parecía capaz de superar cualquier plaga o enfermedad. Sin duda, cualquier tipo de epidemias y virus proliferaban en las putrefactas orillas del río, pero los nativos se veían saludables, fuertes y muy activos.

Las maestras de esa escuela también procedían, en su mayoría, de aquella barriada, peligrosa tanto de día como de noche. De más está decir que yo tenía terminantemente prohibido pasar más allá de la esquina y adentrarme en Zamora.

Tal vez esa experiencia fue la que forjó mi carácter a partir de los cinco años, pues, en lugar de ser agredida o humillada por aquellos niños, desde el inicio respondí con piñazos y patadas a cualquier intento de ofenderme, y supe ganarme el respeto o hasta el miedo de algunos pequeños provenientes de las orillas del río Quibú.

Mi padre, que era el encargado de llevarme a la escuela y recogerme, pues el local quedaba justo camino a su trabajo, me relató que un día,

cuando fue por la tarde a buscarme, me descubrió peleando con un niño quien dedujo que provenía del barrio Zamora.

Aunque el pequeño, para colmo, se encontraba a punto de perder la pelea, pues estaba desarmado, mientras yo blandía mi pesado maletín con el que lo golpeaba sin parar, Reinaldo optó por la demagogia y comenzó a regañarlo por "pegarle a una niña", dejando a mi contrincante completamente atónito.

Reconozco en ese relato a mi padre, aunque no recuerdo aquella "gloriosa" pelea. Él siempre estaba de mi parte, en cualquier conflicto podía contar con su apoyo y su defensa, y por eso también sentí tanto su partida...

En esa escuela lo principal era saber defenderse.

Cuando luego, ya cursando segundo grado en la escuela soviética, la maestra rusa nos propuso escribir una composición sobre nuestra primera escuela, yo decidí que aquel era el momento justo para revelar todos los abusos que existían en aquel colegio cubano.

Se suponía que los niños "soviéticos" describirían la escuela donde habían estudiado en la URSS, pero yo no había tenido esa posibilidad, y opté por relatar mi experiencia en la escuela cubana con lujo de detalles.

Era una niña muy observadora, pienso que esa fue justo la primera vez que ejercí mi futura profesión de periodista, ya que denuncié que en la escuela "cubana" las maestras se comían todo el pollo del arroz "con pollo" y en general toda la carne que aparecía en los platos que nos daban en el almuerzo, y le pegaban a los niños con un puntero o con una regla.

Por suerte, nunca estuve entre los maltratados, pero ya a la escasa edad de ocho años aquello me parecía un abuso, al igual que su hábito de dejar a los alumnos castigados después de las clases, sin permitirles regresar a casa, o sin almuerzo.

Se me ocurrió enseñarle la composición a Viera, solo para saber su opinión, pues normalmente mi madre prefería no revisarme las tareas, quería que yo fuera completamente "autónoma" en mis estudios, o por lo menos se justificaba de esa manera.

Ella leyó el texto en silencio, no comentó nada sobre las injusticias que yo revelaba, pero su veredicto fue que resultaba completamente imposible entregar esa composición a mi maestra.

Por supuesto, no quiso explicarme por qué. Así era mi madre, nunca estaba de mi parte, le importaba mucho más "el qué dirán" o ciertas

reglas que nunca consideraba necesario explicarme.

Tuve que escribir otra composición, algo inventado que me dictó ella misma, un relato que olvidé por completo al poner el punto final.

Su estrategia consistía en vivir como si en el mundo no existiera un barrio que se llamaba Palo Caga'ó, a menos de un kilómetro de nuestra casa, y una escuela donde la mayor parte de los niños se comportaban de una forma completamente diferente. Su negativa a ver esa realidad convertía la verdad en un término muy cuestionable.

Debo confesar que yo en esos años amaba la escuela soviética, adoraba a mi primera maestra, y no quería volver al colegio cubano bajo ningún concepto, algo que mi madre utilizó durante todo ese período de ausencia de mi progenitor para chantajearme.

Desde que desapareció mi padre, ella siempre me decía, ante el menor indicio de indisciplina de mi parte, que me mandaría de vuelta al "colegio de la esquina", y así podía lograr de mí todo lo que quería.

Qué se podía hacer, yo misma le había mostrado mi punto débil, al darle a leer esa crónica de mi permanencia en la escuela del barrio. Pero fue la última vez que le mostré una composición.

Para colmo, ella tampoco quería decirme dónde estaba mi padre. Era un complot de silencio.

Después, unos meses más tarde, me explicó que mi padre se encontraba en África, algo que me asombró muchísimo, pues no me quedó muy claro qué se le había perdido en aquel remoto continente.

Me venía a la mente el escritor ruso infantil Kornéi Chukovski, que prevenía a sus pequeños lectores de principios del siglo XX: "No vayáis, niños, por nada en el mundo, a África, a África a pasear, en África hay gorilas, malvados cocodrilos, que os van a morder y os van a matar".

Ese entrañable poema también me lo solía leer mi padre por las noches, antes de dormir, recuerdo que en el mismo dos niños pequeños, Vania y Tania, finalmente se escapaban a África, y solo de milagro lograban salvarse de un horrible caníbal con un extraño nombre, Barmaléi. Por suerte, al final del poema el tal Barmaléi era devorado por un cocodrilo.

A pesar de que existían rumores de que en algunos países del continente negro seguían vivas las tradiciones ancestrales de comerse al prójimo y, ante todo, a cualquier forastero, a finales de los años 70 en Cuba cada vez más personas, inexplicablemente para mí, partían a cumplir las llamadas

“misiones internacionalistas”.

Los que se iban a alguna misión a otro país no podían, al parecer, contarle nada a ninguno de sus familiares, ni siquiera a los más cercanos. Fue por eso mi padre no pudo contarnos nada ni a madre ni a mí.

Aunque en realidad se pasaban más de un mes en Cuba, en entrenamientos o algún tipo de cursos de preparación, desde el momento en que los “movilizaban” ya no podían regresar a sus casas ni despedirse de la familia.

Pero entonces en mi cabeza no cabía que mi padre se hubiera ido aquel lugar tan lejano, y ese vacío que apareció con su ausencia traté de llenarlo con libros que tomaba en la biblioteca de mi escuela rusa.

Mi padre fue también el primero que fomentó mi amor por la lectura, pues un día se apareció en casa con un libro de Rudyard Kipling que se llamaba “Precisamente así”, y que contenía los cuentos cortos de ese escritor, traducidos al español.

De hecho, fue el primer libro que me leí en español, y lo hice en apenas unas horas. Después le pedí a que me diera otro libro parecido, ya que ese me había gustado mucho. Mi padre me miró preocupado, por lo que intuí que no tenía a mano ningún otro libro de esa calidad (creo además que resulta un poco difícil encontrar una obra que pueda competir con los cuentos infantiles de Kipling).

En casa teníamos muchísimos libros, pero casi todos eran para adultos, y la mayoría estaba dedicada a materias demasiado complicadas para mi gusto. Yo poseía, en cambio, una pequeña colección de libros con carátula de papel sobre los pioneros héroes de la II Guerra Mundial, eran relatos sobre niños que perdieron su vida defendiendo la URSS. Estaban en ruso.

Aún recuerdo los nombres de aquellos niños, entre los cuales me llamaron más la atención Lionia Gólikov y Zina Portnova, ambos asesinados cruelmente por los nazis. Esos relatos me emocionaron profundamente. Además, en la vida de esos niños todo resultaba más claro, a mi modo de ver, pues había un enemigo, los nazis, y había que luchar contra ellos.

Me sentía muy compenetrada con aquellos niños, pues mi padre también había partido a un país donde había guerra, y yo estaba dispuesta a defender el territorio que había dejado bajo mi cautela, aún al precio de mi propia vida.

Pero, ¿quién era el enemigo? Allí estaba la gran pregunta.

Sentía que, de haber nacido en otra época, podría haber sido un pequeño soldado, uno de esos “hijos del regimiento”, niños huérfanos adoptados

por alguna unidad militar que podían incluso llevar uniforme y participar de algún modo en los combates, aunque fuera en calidad de espías. También había leído el libro "El hijo del regimiento", del escritor Valentín Katáev. En ella un niño que se queda huérfano durante la guerra ingresa en las filas de un regimiento del Ejército. La trama de esa novela se asemeja mucho a la narrada por el director de cine Andrei Tarkovski en "La infancia de Iván", que vería solo muchos años después.

Las niñas no podían ser soldados, por lo menos en mi infancia eso estaba mal visto, todavía no existían películas como "El soldado Jane", las mujeres solo participaban en la guerra en calidad de enfermeras, solo podían ejercer en el frente profesiones pacíficas.

Fue así como apareció en mi vida el niño Iván, mi alter ego, un niño ruso guerrillero que tiene que sobrevivir la ocupación nazi y participa en la lucha, por lo visto, para luego ser cruelmente ejecutado.

Si alguien espera del mundo guerras y aspira a ser ejecutado, tarde o temprano lo logrará...

Era con ese niño imaginario con quien podía compartir mis penas, pues mi madre se alejó de mí y se apropió ese dolor que nos afectaba a ambas, y, de alguna manera, hasta me negó el derecho a sufrir por la ausencia de mi padre.

Tal vez en esa imagen quedó plasmado mi deseo de tener un hermano, un hermano mayor que me defendiera o jugara conmigo.